

HISTORIAS DE LA VIDA

Karrantza tiene un nuevo Arana

A sus 81 años, el zumarragarra Jon Arana Urkiola ha pasado a formar parte de la historia del valle de Karrantza al reconocérsele públicamente la gesta que realizara en 1958. Convertirse en la primera persona que descendió a la profunda Torca del Carlista.

Emilio Zunzunegi

LA mañana del Viernes Santo de 1958 Jon Arana Urkiola, un joven natural de la guipuzcoana localidad de Zumarraga, se sumergió para siempre, sin pretenderlo, en la historia colectiva de Karrantza Harana al hoyar por primera vez la sima que en Enkarterri se conoce como la Torca del Carlista. "Cuando llegué al campamento, a la entrada del agujero, pregunté a cuánto estaban los que habían bajado. Y me dijeron que a menos treinta metros. '¿A menos 30? ¿Qué pasará?', pensé. En ese momento el jefe del grupo me dice 'a ver Jon, están pidiendo el relevo los de abajo. Hay que bajar'. '¿Quién, yo?', contesté. Y al insistirme que estaban pidiendo, entonces dije que bajaba", relata este apasionado de la montaña.

Y no era por falta de ganas, que las había para bajar al agujero, sino, sobre todo, tras el fiasco del día anterior en la Gran Rotura, otra sima cercana que contaba con menos 65 metros de fondo, en vez de los 120 que decían que tenía. "Era la sima de la Gran Rotura la que nos tocó en el sorteo, que decían que tenía una barbaridad y al final fueron 65 metros. Debían llevar un metro corto. Además, medir era de lo más sencillo porque los tramos de escala tenían 10 metros justos. Total, que nombre rimbombante para nada", sonríe este amable anciano, que supo transmitir su pasión por las simas, por la montaña y por la naturaleza, a sus cinco vástagos, cuatro de ellos varones.

De hecho ellos, los cuatro, acompañaron a su padre este pasado verano para recordar, cincuenta años después, aquella gesta y de paso santificar la sima con las tallas de la Virgen de la Antigua, patrona de Zumarraga, y la carranzana Virgen del Suceso. Y es que hay que encomendarse a alguien para descender por una sima que llega en descenso casi vertical hasta la cota de 145 metros, tal como se recogía en un breve resumen del evento espeleológico realizado por el Ayuntamiento y que se expuso en la Kultur Etxea. "Aún hoy, con materiales y métodos de escalada y espeleología modernos, la sima, la oscuridad que la llena, sobrecoge", atestigua Sabin, uno de los hijos que el pasado día 3 de enero compartió, con un nutrido grupo de vecinos del valle, el homenaje que le tributaba la asociación Karrantza Naturala por su papel en la valorización y difusión de la cultura y el patrimonio carranzano.



Así que allí, al pie del abismo, estaba Jon, un hombre que como otros muchos jóvenes del Goierri de los años cincuenta y sesenta, cumplía con su trabajo en la potente industria de la comarca, en su caso Orbegozo, donde se jubiló, aunque con anterioridad este emprendedor había abierto un negocio familiar dedicado, cómo no, al deporte, en la también guipuzcoana Zumaia. Ni corto ni perezoso, Arana vio su gran oportunidad de tomar parte en el descenso que seis meses antes, el día 1 de diciembre de 1957, habían realizado miembros del Grupo Espeleológico Vizcaino, y que dejaron para mejor ocasión cuando habían tanteado hasta la cota menos 60 y habían descendido hasta la cota menos 28 metros.

"Yo en realidad estaba loco por bajar pero a mí no me había tocado, porque mi grupo tuvo que ir a la Gran Rotura y en esa mañana del 4 de abril, tras acarrear como un mulo el material del grupo que iba a bajar hasta la entrada de la Torca,

pedí permiso para acercarme a la peña del Carlista que estaba muy cerca, para puntuar una cima que se incluía en el concurso de las cien cumbres", relata Jon Arana, quien, en un alarde de sinceridad, confiesa que lo suyo fue puro azar porque incluso "no sabía usar la escala, porque yo era de escalar en roca, no de descender, y aprendí deprisa el día anterior". Ni siquiera esta limitación amilanó la determinación de este mendigozale, "una fiera" a decir de su hijo Sabin, que llegó a Karrantza invitado por el Grupo Espeleológico Vizcaino, de la Diputación Foral de Bizkaia, en una expedición en la que tomaron parte, además, el afamado espeleólogo alavés Félix Ruiz de Arkaute y los miembros del grupo guipuzcoano Aranzadi, formado por José Puente -apodado *el Moreno*-, José Luis Chinchurreta, Alejandro Ugalde y Jon Arana, curiosamente el más bajito de la expedición, y que a la postre fue el primero en dejar su huella en el fondo de la sima a 154 metros de profundidad. "Llegué abajo cansado porque al final tenía que descender agarrando la escala con las antebrazos de lo que me dolían las manos. La oscuridad era total y la linterna del casco apenas dejaba ver unos pasos más allá, así que de manera instintiva, nada más soltarme de la escala, saqué mi machete, por si tenía que pelear con algún monstruo", comentaría jocosamente Arana ante la concurrencia que se citó en su homenaje en la Kultur Etxea del barrio de Concha, aderezado por las voces de la coral Pozalagua de Karrantza.

Su relato de la gesta encandiló al público allí congregado gracias a una locuacidad que, a sus 81 años -cumplirá 82 el próximo día 16 de abril-, iba pareja a la emoción por revivir aquel pasaje de su vida, marcada siempre por el tesón y un fuerte carácter. "Yo era muy independiente y me gustaba ir un poco a mi aire", explica este hombre que llegó a Karrantza a bordo de su propia moto, "en vez de ir en el jeep que puso la Diputación para ir a Karrantza", recuerda con regocijo.

"ZEN POLITA DA!" Ese impulso individualista le permitió vivir una escena que le ha atado para siempre a Karrantza. "¿Saben ustedes lo primero que dije cuando me asomé por primera vez a este valle?", preguntaba a los congregados en el remodelado edificio cultural, "Zen polita da hau! Oso polita da! Me pareció mentira lo que veía", recuerda Jon mientras mantiene vivo el reconocimiento para todos y cada uno de los expedicionarios que llegaron a Karrantza con él.

El primero en bajar aquel Viernes Santo a la Torca del Carlista -llamada a sí porque según la leyenda un capitán de este Ejército se arrojó a la sima antes de ser capturado-, fue José Luis Chinchurreta, que llegó hasta la primera plataforma a unos 25 metros de profundidad. A este le seguiría *el Moreno*, que consiguió avanzar hasta la cota menos 45 metros. "Comencé el descenso utilizando de apoyo a estos dos compañeros que me iban largando la cuerda y la escala en aquel antro en el que no tenía ninguna referencia más que sus linternas que, según iba descendiendo, desaparecían. Logré llegar a una repisa que estaba en la cota menos 60 y desde allí lancé varias piedras para calcular la profundidad. Uno, dos, tres, cuatro, y así hasta ocho, pensé. Habré dado en alguna pared y no lo he oído. Pero al llegar al once, plas, el ruido seco de la piedra, lo que me indicaba dos cosas: la certeza de que estaba cerca del fondo y que no había agua, que hubiera sido otro problema a solventar", relata Jon. Fue a las tres de la tarde cuando alcanzó la profundidad máxima de la gruta y tras recorrer varias galerías "hasta que me dije 'sal de aquí, que se te apaga la luz y a ver como sales". Esa cordura, y algo más de una hora de ascenso, le devolvió a la luz del valle cerca de las cinco de la tarde. Llegaba el tiempo de los abrazos por la gesta, y cómo no, el bautizo espeleológico del descubrimiento, Galería Arana, como así reza para la Historia.